

el mismo lugar é idénticos honores á los que gozaban entre los de su secta.

¿Qué simpatías podrá hallar en el espíritu de Agustín el sordido interés? Ah! él no conoce otro sino el de su Religión y el de su Iglesia. Honores, dignidades, opulencia, fueron cosas desconocidas de aquel santo prelado. Que la Iglesia entera se alistase bajo sus estandartes; que todos los doctores católicos acudan á él para ensayarse bajo su magisterio al combate, y adiestrarse para la victoria; que sea mirado universalmente como el alma de los Concilios, el doctor de los doctores, la antorcha luminosa de la fe, el baluarte de verdad, y el oráculo infalible del orbe; nada de esto le mueve. El humo de estos inciensos no es capaz de alucinar una inteligencia tan ilustrada, un alma tan grande, un corazón tan recto, un espíritu tan desinteresado. Mucho ménos todavía consiguió de Agustín la política del siglo: jamás negó al César lo que era del César; pero tampoco permitió se defraudase á Dios lo que es de Dios. ¿Hubiera él tolerado que se hubiesen conculcado los derechos é inmunidades de la Iglesia? ¿Hubiera callado como perro mudo, cuando el sacerdocio se mirase hollado por el Imperio? ¿Hubiera contemporizado con los que, sin ser llamados á regir y gobernar la Iglesia de Jesucristo, se hubiesen ingerido á reformar la disciplina canónica? Y cuando la autoridad del sucesor de Pedro se hallase vilipendiada con avilantez por hijos espúreos, ¿no hubiera gritado fuertemente contra tamañas demasías? Pero esto, señores, me conduciría tal vez á una multitud de consecuencias que no agradarían mucho al siglo en que vivimos. Á este siglo, sí, estaba reservado el llorar desgracias que no se conocieron en tiempo de Agustín; porque entonces había mas firmeza, y mas carácter, y mas catolicismo... Señor! vos lo sabéis bien; vos no ignoráis la verdadera causa de los males que acongojan á nuestra Iglesia. ¡Y pluguiese al cielo que solamente tuviésemos que llorar lo pasado! Mas ay católicos! qué porvenir tan infausto se nos presenta! Nada vemos al través de las ennegrecidas sombras que de lejos apercibimos, sino ayes, lágrimas, desolación, anatemas, rayos, amargura y muerte. No durmáis, Señor, ni dormitéis! ¡velad continuamente en la custodia de Israel!

Semejantes á estos eran los acentos de Agustín, cuando, invadida la Iglesia por el furor de los vándalos, se vió juntamente con el imperio al borde de su ruína, y muy cercana á su ex-

terminio. Pero Dios le escuchó, y la Iglesia disfrutó de larga paz. No importa que Agustín espire en el ósculo santo del Señor y pase á disfrutar de las delicias eternas. Sus triunfos duran y continúan sin intermision de siglos y tiempos, y su doctrina es un alfanje que, aún despues de su muerte, corta la cabeza á la hidra infernal de la herejía. Si el protestantismo se gloria de hallar sus impíos dogmas en la sagrada Escritura, convirtiendo la palabra de Dios en la palabra del hombre, Agustín con su doctrina convence de la necesidad de una regla inalterable de Fe, y de un juez que interprete el sentido verdadero de los santos Libros, y prueba que este no es otro sino la Iglesia. Si hombres hipócritas desconocen ó niegan alevosamente la verdadera noción de la Iglesia católica, Agustín en sus libros establece luminosamente los verdaderos caracteres de esta Esposa del cordero, y les hace ver que solo puede gloriarse de ser tal aquella, cuyos miembros, si bien esparcidos por el orbe desde el Oriente hasta el Occidente, se unen no obstante con los vínculos de una misma fe, de unos mismos sacramentos y de una misma cabeza visible, el vicario de Jesucristo, el soberano pontífice. Si genios indóciles y temerarios rehusan escuchar las decisiones del padre comun de los fieles y pretenden tergiversar los decretos de la Iglesia romana, porque ó se oponen á sus caprichos, ó truenan contra la ilegitimidad de sus actos jurisdiccionales; Agustín en sus libros fulmina este oráculo contra sus renitentes proyectos: *Romæ rescripta venerunt: causa finita est.* « Habló Roma? vinieron sus rescriptos? Decidida está la causa; ya no hay subterfugio para el error. » Finalmente, católicos, la doctrina de Agustín es un antídoto universal contra todas las herejías, y una espada de dos filos que hace guerra al error, sea cual fuere la máscara con que pretenda ocultar su veneno. Si mientras vivió, su celo, sus talentos, sus apostólicas expediciones le hicieron en los tiempos mas calamitosos una columna firme de la Iglesia, ahora por medio de sus luminosos escritos, es mirado en el seno del catolicismo como un baluarte, que jamás podrán postar las potestades del infierno: *Exivit vincens, ut vinceret.*

Confieso, católicos, que me he quedado muy corto en el elogio del grande Agustín. Muchísimo mas hubiera podido decirse de un hombre, tal vez el mas extraordinario que ha conocido el universo; de un ingenio, el mas feliz, el mas afluente, el mas universal; que poseyó en toda su perfeccion el arte de los gra-



máticos, la profundidad de los filósofos, la elocuencia de los retóricos y la sabiduría de los teólogos; que escribió de todas cuantas cosas están al alcance del hombre, que disputó desde el humilde hisopo hasta el cedro del Líbano; que asombró á Roma, África y al mundo todo con la universalidad de sus conocimientos; que luchó á la par contra los donatistas, antioqueños, melecianos y luciferianos; venció al arrianismo, al maniqueísmo, al priscilianismo y apolinarismo; quebrantó la cabeza del error de los audianos, antidicomarianitas, coliridianos y predestinacionistas; ante quien huyeron despavoridos los discípulos de Nestorio, Eutíques, Elvidio y Joviniano; y cuyos resplandores no pudieron sufrir los vigilancias, los pelagianos, los semi-pelagianos, y toda la serie de tenebrosos monstruos que abortó el infierno en los días de nuestro héroe. Y ¿qué no pudiera decirse de un hombre, cuyas obras son tantas, que su sola lectura basta para llenar la vida mas prolongada; cuya autoridad es tan imponente, que no hay Doctor en la Iglesia que deje de tenerla en veneracion; cuyas palabras son de tanto peso, que hasta los mismos Concilios las han copiado literalmente; cuya doctrina en fin es mirada como el baluarte de la Fe, el sosten de la moral, la regla de la disciplina y el cuchillo del error? ¿Qué no pudiera añadirse de un hombre, cuyas virtudes han asombrado á sus mismos émulos; cuya mortificacion fué tan extraordinaria, como lo habia sido su ardor por los placeres; cuya modestia fué tan edificante, como vano su anterior deseo de gloria; cuya caridad fué tan ardiente, como habia sido glacial su insensibilidad; cuya penitencia fué tan espantosa como sus desórdenes; cuya santidad en fin es el asombro del universo, la gloria de la Iglesia y el espejo de la humanidad?

Ah! ensalcen en buen hora las glorias de Agustín esas órdenes ilustres, que han adoptado su regla y han caminado constantes por las sendas que él marcó á sus hijos. Apláudanle estos, que en número prodigioso se han extendido por la sobrehaz de la tierra, y herederos del espíritu, no ménos que de la sabiduría de su insigne fundador, han derramado por donde quiera las brillantísimas luces de una piedad que edifica, y de una ciencia que honra al cristianismo. Celébrénle esos coros de vírgenes, que él engendró en Jesucristo, y que como modelos de perfeccion llenan los sagrados claustros del oloroso perfume de una virtud, que hasta los mismos mundanos no pueden ménos

de respetar. Yo, señores, me he contentado con trazar un bosquejo imperfecto de su heroísmo, y solo me he reducido á presentarle á vuestra edificacion como un varon insigne, de quien la verdad triunfó primeramente, para que despues él mismo fuese el mas victorioso defensor de la verdad y de la Iglesia: *Exivit vincens, ut vinceret.*

¡Oh Dios de la verdad!, que con la fuerza de vuestra gracia postrasteis á Agustín, para levantarle á la mayor altura, y hacerle, como á Saulo, un vaso precioso, que llevase vuestro nombre ante los reyes y príncipes, y defendiese vuestra Fe y vuestra Iglesia en todo el orbe! lanzád á nuestros corazones un rayo luminoso, que haciéndonos conocer nuestros desórdenes, nos haga vencedores de nosotros mismos, y nos anime á quebrantar las cadenas del vicio que nos tienen aprisionados. Sean para nosotros las virtudes de Agustín un aliciente poderoso, que nos mueva á seguir sus máximas y sus preciosos ejemplos. Seamos en fin el triunfo de la verdad, para que la verdad sea, como en Agustín, la que por nosotros triunfe del error. Seamos en esta vida participantes de su gracia, para serlo despues de su gloria por los siglos de los siglos. Amen.